

Wolf, Eric R.,
Figurar el poder. Ideologías de dominación y crisis,
México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social, 2001, 417 pp.

Alfonso Barquín Cendejas*

La influencia que tienen las estructuras de poder en la formación de las ideas y, al mismo tiempo, cómo es que éstas son capaces de expresar, de manera particular, los contenidos simbólicos de tales estructuras, constituyen el tema central de la última gran obra del notable antropólogo norteamericano Eric Wolf (1923-1999).

Desde este punto de vista, el estudio de la sociedad presenta aspectos destacables muy interesantes, según el autor, existe una gran disociación al interior de las disciplinas sociales, que lleva a estudiar a la cultura desprovista de las influencias del ejercicio del poder o en todo caso, como un elemento residual expresado en la ideología, que presta escasa atención a los aspectos centrales de las configuraciones culturales. Así, Wolf propone conjuntar ambos contextos, en función de la total relación que existe entre un sistema de dominación y las ideas que permiten expresar tal sistema.

La definición de lo que es el poder representa un punto de partida muy afortunado, al margen de las tres formas anteriores de entenderlo, como capacidad inherente a un actor, como la capacidad de un actor para obligar a otro a cumplir su voluntad, o como el control del contexto en el que se encuentran otros actores; Wolf introduce el concepto de poder estructural, en cuanto capacidad de orientar y distribuir la mano de obra social. Esta aproximación le permite redondear su marco teórico, tomando en cuenta que esta última forma, abarca campos sociales enteros, donde los actores se ven obligados a actuar sin estar subordinados a otro agente en concreto, sino principalmente, a la distribución estructural de poder, que define y limita las posibilidades de acción social.

La primera sección de la obra, analiza cómo es que existió una profunda relación entre la distribución de poder y el conocimiento en la Europa de la Ilustración. Define esta etapa como un movimiento tendiente a derrocar las instituciones y las ideas que frenaban el desarrollo de nuevas formas de expresar las posibilidades humanas, las nuevas ideas surgidas tuvieron su base en el racionalismo y el empirismo por ser considerados válidos para toda la humanidad. Se trató de imponer estos nuevos ideales a toda la sociedad europea del siglo XVII, desde luego, mediante sistemas de poder estructurados a

* Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

partir de esas ideas. Tal intento, ocasionó una gran oposición en algunos sectores, generando un "constructo" mental, que dio fundamento simbólico para la resistencia ante el embate; esta respuesta la presenta Wolf como la Contrailustración, un sistema basado en la cultura local y el conocimiento a partir de la fe y la percepción.¹

De lo anterior surge una explicación de cómo al interior de los sistemas de pensamiento, para imponer visiones del mundo, el ejercicio del poder devino en formas antagónicas de aproximación a la realidad. Mientras unos pensaban que la explicación del mundo sólo era posible por medio de los filtros de la razón y el progreso, otros trataban de comprender las culturas locales o nacionales partiendo de la fe y la percepción primordial de los sentidos. De esta manera, Wolf presenta la construcción de las herramientas teóricas de las Ciencias Sociales; en el marco de estas oposiciones, partiendo de Marx, pasa por la metafísica, los neokantianos, Weber, la lingüística, la semiótica, etcétera. Termina esta certera revisión, concluyendo que si bien los aparatos teóricos surgidos de la Ilustración y sus opositores, desarrollaron enfoques diferentes para "aproximarse a la verdad", también construyeron argumentos y contraargumentos en el marco de una lucha de poder y la posición social, formulados por intereses confrontados, sin embargo, conceptos y categorías fundamentales para el análisis social contemporáneo, tienen su origen en tal confrontación.

Así, Wolf da una muestra de cómo las ideas tienen una íntima relación con las distribuciones del poder social, y al mismo tiempo, cómo pretende retomar los logros centrales de ambas partes, para integrar una óptica holista que le permita analizar las formas de poder y la distribución de este conocimiento, sin olvidar la naturaleza particular de cada contexto.

Ahora bien, esta forma de aproximación al fenómeno del poder, Wolf lo utiliza para estudiar tres casos concretos los *kwaikiutl*, los aztecas y el régimen nazi. Fundamentalmente, los casos fueron seleccionados tomando en cuenta la notoriedad de los mismos, la fortaleza de los regímenes políticos y lo peculiarmente intenso de las manifestaciones que los caracterizaban, el don como fenómeno de promoción y prestigio social, el sacrificio humano como eje central de la política y el ritual, y el culto a una personalidad y a un régimen —el nacionalsocialista— "que duraría mil años", pero que finalizó con la destrucción de gran parte de Europa, doce años después de haber empezado.

Estas características eran ideales para un trabajo de este alcance, debido a que la intensidad de las prácticas sociales estaba soportada por un mundo de ideas muy estructuradas y, por tanto, constituían el cimiento fundamental del sistema de poder y al mismo tiempo —como lo enfatiza Wolf—, dichas ideas nacieron como base de tal sistema.

El peculiar modo de vida de los *kwaikiutl*, tenía como centro la redistribución generalizada de una gran cantidad de bienes mediante la práctica conocida ampliamente en la literatura antropológica como el *potlach*. En éste, el número o calidad de los bienes dis-

¹ Un destacado análisis en este sentido, se encuentra ya en el excelente trabajo de Mechtild Rustch, *El relativismo cultural*, 1984, México, Línea.

tribuidos hacía alcanzar las posiciones de prestigio y poder, al mismo tiempo, los jefes locales controlaban la participación en esta actividad y de los bienes, lo cual significaba un eje fundamental del control y la movilidad social. La condensación de todas estas prácticas, estaba bien representada en mitos de origen, que establecían el intercambio como la separación entre el “desorden” primordial y el “orden del mundo”.

Analizando la ilusión que se formó Boas de este fenómeno, como una respuesta aislada y “desproporcionada”, Wolf concibe, en el contexto de la colonización europea, que controló el territorio *kwaikiutl*, prohibiendo y combatiendo el fenómeno de la guerra intertribal. La consecuencia de lo anterior fue potenciar el intercambio como el único medio legítimo de prestigio y promoción, en un nuevo entorno influido por la cultura occidental, donde la gran cantidad de bienes usados aumentó inusualmente por la relación que los *kwaikiutl* establecieron con la economía capitalista. Desde luego, esto no le quita ningún interés al fenómeno del *potlachi*, lo define más bien como una respuesta de adaptación cultural a un nuevo contexto, donde las formas sociales de obtener el poder pudieron tener continuidad por medio de un nuevo imaginario.

En el caso de los aztecas, lo fundamental se refiere al papel que jugaba el sacrificio humano en el mantenimiento de la sociedad y cómo este papel, formaba parte principal de las distribuciones de poder. A pesar de lo polémico que pueden ser los datos acerca del número y la frecuencia de los sacrificios, lo cierto es que era una práctica regular y constituía toda una institución. Su origen lo presenta Wolf como consecuencia de una sociedad de mercenarios, que por su habilidad guerrera y su apego a una tradición religiosa muy particular, fueron consolidando un dominio formidable en el valle de México. Tal fortalecimiento fue logrado con un hecho de gran importancia, la transformación de Huitzilopochtli en la deidad fundamental y la adecuación de ciertas partes de la historia azteca según convino a los intereses de la clase dominante.

La primacía de la guerra y la muerte como ejes de su sociedad era patente, pues la grandeza de su imperio fue consustancial a la conquista de los pueblos de la cuenca del Valle de México y más allá. De esta manera los sacrificios humanos concretaban el dominio que era ejercido sobre los conquistados, prestigiaba las prácticas del autosacrificio y al mismo tiempo, instituía una relación con las deidades, en el cual el “don” principal para éstas, capaz de conservar el orden del mundo, era la sangre y la vida humanas. Esta idea del mundo penetraba las estructuras políticas, pues las categorías sociales y su representación en los mitos de origen estaban inundadas por la muerte y el sacrificio, que paralelamente constituía una manera de fundamentar las relaciones con los pueblos dominados, quienes eran los principales “donadores” de víctimas para el sacrificio, capturadas mediante la guerra.

La relación entre las ideas imperantes en la sociedad azteca y los esquemas de poder se muestra como un ejemplo importante, principalmente por esta conformación tejida, por la presencia de la muerte y la sangre en su historia, y por su retroalimentación en el imaginario social para consolidar una formación específica en términos de poder estructural.

El último caso a tratar es el régimen político encabezado por Adolfo Hitler, a partir de 1933. Las intensas manifestaciones culturales que conformaron el "carácter" alemán de aquella época, las coloca Wolf en sucesos ocurridos en los siglos XVIII y XIX. Uno de ellos es la respuesta de los pueblos alemanes a la invasión francesa, y su idea del mundo, donde la universalidad de ésta, se encontraba encadenada a la dominación de Alemania por parte de Francia. La respuesta exacerbó la importancia del individuo en particular, las culturas locales y el rechazo al racionalismo como manera para explicar el mundo; esto en el contexto de la ausencia de unidad nacional en los pueblos alemanes.

El efecto de la reconquista de Alemania fortaleció la idea de una identidad alemana arraigada en figuras como Carlomagno o héroes de las cruzadas y al mismo tiempo separó de manera tajante todo lo que no era alemán, y en este contexto comenzó a darse el desprecio y el rechazo de todo ello. Con el transcurrir del tiempo, la extensión de la maquinaria bélica como factor de unidad ante el exterior alcanzó a la sociedad civil, en esta situación se organizaban grupos paramilitares en un marco de competencias, que privilegiaban la fortaleza y la voluntad como valor para el triunfo del espíritu sobre la materia. Esto hizo que los valores militares se esparcieran por grandes estratos del cuerpo social.

Al mismo tiempo, la imposibilidad de construir un Estado fuerte que no dependiera de individuos, originó en Max Weber el temor de que esto pudiera derivar en que la permanencia de un gobierno alemán, sólo se pudiera concretar mediante un "líder carismático". Ante toda esta situación, el efecto de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, lejos de diluir estos valores, exacerbó la dureza del temperamento alemán, como herramienta para enfrentar todo lo externo y lo extraño.

Así, apareció Adolfo Hitler. En su discurso se refería a todos los valores arriba enlistados, los cuales eran compartidos por la gran mayoría de alemanes que se sentían de manera semejante debido a la derrota. Rápidamente aglutinó apoyos y ascendió al poder en 1933; su concepto de Estado-nación lo enunció en *Mi lucha*, obra donde sintetizó todo su proyecto en torno de la cultura y la raza alemana.

En este contexto, el análisis de Wolf está enfocado hacia la manera como ese cuerpo de ideas tuvo un efecto determinante respecto a cómo el liderazgo de Hitler y su gobierno condujeron los destinos del pueblo alemán. De aquí, destaca el punto en el que la confianza total en el "líder carismático" originó que fueran confundidos sus pronunciamientos personales con políticas del Estado y al mismo tiempo, al Estado con el partido nazi, confirmando los análisis de Weber. La confianza "ciega" en los dictados de la ideología nacional-socialista, aunado a las prácticas y discurso militaristas en los cuadros del partido y sus militantes, consiguió la total dominación de la sociedad alemana, lo que permitió "suprimir" a todo aquel que no estuviera de acuerdo o no representara la visión del *Führer*; a decir de uno de sus hombres, Göring: "¡No tengo conciencia! Adolfo Hitler es mi conciencia".

Desde dos frentes se intentó consolidar la idea de nación alemana, por un lado, el fortalecimiento de la industria, en particular la relacionada con la guerra, para recuperar la

economía devastada por la Primera Guerra Mundial y prepararse para la invasión de grandes partes de Europa; por otro lado, se emprendió una campaña de "limpieza" general, para establecer en Alemania los valores culturales y étnicos acordes con el nuevo proyecto ideológico. En éste entorno se puede explicar la gran transformación de la cultura "pública", que supuso la supresión o destrucción de todo lo que no representara tales valores y al mismo tiempo, la más dramática manifestación del régimen nazi, la aniquilación metódica y sistemática de todos los individuos que, únicamente por no representar el prototipo de la "raza aria", fueron asesinados en Alemania y en grandes sectores de la Europa ocupada. Así fue como las ideas que "flotaban" en la sociedad de aquella época, permitieron al movimiento nacional-socialista ejercer el "poder estructural" del que habla Wolf, hasta límites que aún avergüenzan a Alemania como nación.

Finalmente, leer *Figurar el poder* es ampliamente recomendable debido al exhaustivo trabajo que desarrolló Eric Wolf para analizar el contexto en el que las ideas se articulan, y articulan las relaciones de poder. Asimismo, destaca la consecuente utilización de cuerpos teóricos aparentemente opuestos y que Wolf conjunta de manera atinada, en atención a que muchas de esas ideas, surgen no como antitéticas, sino como producto de una lucha de poder. Esa es, tal vez, la idea más sugerente.